

INAUDITO

Padre Pedro José Ynaraja

En el recinto había cuatro obispos, el discreto gris y la cruz proclamaba su categoría eclesiástica, algunos otros varones lucían un "cuello romano" desabrochado, desde luego había más presbíteros. Los demás asistentes se definieron como catedráticos de universidad, los conferenciantes, consejero del gobierno otro, y muchos más varones o mujeres sin concretar ocupación, pero de alguna manera relacionados, o responsabilizados, con el mundo de la comunicación social. El ambiente era sumamente afable...

Descrita someramente la situación, evidentemente, uno esperaría que se iba a hablar de comisiones, nombramientos, cargos de mando, anteproyectos, juntas de revisión para elaborar proyectos etc. Aquello que se decía en los tiempos del Vaticano II: cuando vuelva el Señor tal vez no nos encuentre unidos, lo indudable es que nos encontrará reunidos. Pues, no. Pese a estar sometidos a horario definido y situados en un local, la preocupación común era el espacio virtual, más concretamente la "web 2.0", que no definiré ahora. La organización correspondía a la Conferencia Episcopal Tarraconense.

El "espacio virtual", pese a carecer de territorialidad física, es un espacio real. Y por muy etérea que pueda parecer la expresión "situado el programa o archivo en la nube", no se la puede ignorar, ni creer que es un fantasma. Estos y muy otros conceptos, con sus correspondientes siglas, nos eran comunicados por competentes profesores de la materia, que se declaraban explícitamente cristianos y que enfocaban las cuestiones como acuciantes necesidades de la Iglesia.

Disfrutaba yo, viejo y aficionado desde pequeño a todo lo que se relacionase con la electricidad, recordando a mi padre, que me contaba que de pequeño por su pueblo, Matapozuelos, iban gentes con generadores, enseñándoles los prodigios de esta energía. Me contaba que, cuando se quedaban solos los chiquillos, jugaban a electricistas, tendiendo entre sillas o mesas, con cordeles, imaginarias instalaciones. De esto han pasado más de cien años, yo que nací cuando los domicilios gozaban de la corriente eléctrica, que aprendí curiosidades de la estática, que me hice pilas de Volta y de Leclanche, que supe algo de automatismos, que me hice diminutos receptores de radio-galena y posteriormente hasta emisoras, me encuentro ahora perdido en el mundo cibernético. Aprendíamos a entender, hoy se exige recordar. Y me siento perdido. Pero algo llego a intuir y logro moverme por esta fascinante realidad. Lo explico para que nadie se crea inútil para moverse por este campo y se desanime.

Pese a mis múltiples aficiones, domina, o pretendo que domine siempre, mi vocación cristiana de servicio, especialmente a la juventud. He creído siempre que

Dios me ha llamado a ello, de aquí que siempre me haya proporcionado colaboración, aunque a que los superiores lo han ignorado. Pero si durante mi larga vida sacerdotal, nunca he recibido un encargo en tal sentido, el Espíritu Santo me ha proporcionado muchos y le he sido fiel. He ejercido por correspondencia y por teléfono. Ahora por Internet. Y aquí quería llegar. En el espacio cibernético no hay jerarquías. Ni vicarios episcopales, ni arciprestes. Tampoco consideración respecto a la edad. Uno escribe y es leído o no, independientemente de la edad que tenga, de si es obispo o gobernador militar. El éxito de sus desvelos dependerá de múltiples factores, pero con total seguridad no influirán para nada los nombramientos. Cosa que si es ventaja para espíritus libres, es inconveniente para vagos. Porque de Internet nadie te acalla o te traslada, pero tampoco te jubilan, por tanto la responsabilidad evangelizadora urge siempre y hay que serle fiel.

Padre Pedro José Ynaraja